891

F. 7
143

APERTURA

DE LA

UNIVERSIDAD

DE VALENCIA

en 1.° de Octubre de 1851.

5000138631
Bibl. General i Historica

F
143 7

DISCURSO INAUGURAL

PRONUNCIADO

EL DIA PRIMERO DE OCTUBRE DE 1851

EN LA SOLEMNE APERTURA

DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALENCIA

POR

D. ANTONIO RODRIGUEZ DE CEPEDA,

DOCTOR EN JURISPRUDENCIA Y CATEDRATICO DE ECONOMIA POLITICA, DERECHO PUBLICO Y ADMINISTRATIVO.

IMPRENTA DE JOSÉ RIUS,

CALLE DEL MILAGRO.

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
BIBLIOTECA HISTÒRICA

Dokii 1138598
2 631

R.91.864

SEÑORES:

Al dirigiros la palabra hace ocho años en ocasion igual á la presente, os hablé de la importancia de los estudios históricos, como medio de preservar á todas las ciencias y especialmente á las morales y sociales de los estravíos á que conduce el deseo de ostentar sistemática originalidad. Hoy que el desenfreno

de los sistemas en otras naciones ha producido en aquellas ciencias un caos, que amenaza con tremenda ruina á la sociedad entera; hoy que inquietos y azorados los ánimos buscan allí por doquier, como oponer un dique al torrente de males que les amaga, como fortalecer el edificio social para que resista los embates que le esperan, hame parecido que no podria elegir otra materia mas adecuada é interesante para mi discurso, que demostraros la importancia de las ciencias morales y sociales, la unidad de principios que media entre ellas, y la necesidad de conservarla bajo la influencia del dogma católico, si deseamos preservar á aquellas ciencias en nuestra patria de las mas funestas aberraciones, y á la sociedad de una catástrofe sangrienta y ruina inevitable.

Dios, el hombre como sér inteligente y libre, y el universo corpóreo, hé aquí los únicos objetos de la inteligencia humana, y por consiguiente de todas las ciencias. Siendo éstas unas séries de verdades enlazadas entre sí y deducidas de ciertos princi-

pios generales, claro es que todas emanan de Dios como principio y fuente de toda verdad, la cual se manifiesta y resplandece en los propios atributos de Dios, ó en las facultades con que dotó y leyes á que sujetó así la inteligencia y libre albedrío del hombre, como todos los séres corpóreos que componen el complicado á la vez que armonioso y maravillosísimo conjunto, que en el cielo y en la tierra publican la infinita sabiduría y magnífica gloria de su Criador. Hay, empero, una diferencia importantísima, no solo en el modo de conocer el hombre cada una de esas séries de verdades, sino en la influencia que la ignorancia ó error acerca de ellas egercen en su bienestar y en los adelantos de la sociedad. Las verdades relativas al universo corpóreo, que constituyen las ciencias exactas y naturales, llegan siempre á la inteligencia directamente por medio de los sentidos, y pueden adquirirse y comprobarse por la observacion y la esperiencia, alcanzando, por consiguiente, un grado de certeza, á que no es dado resistir. Mas las verdades relativas á

Dios, á la inteligencia y voluntad del alma, y á la organizacion y vida de la sociedad, que constituyen las ciencias morales y sociales, solo se nos revelan ó por un sentimiento íntimo, que desaparece á veces pervertido por la educacion y ahogado por las pasiones, ó por una série de reflexiones y deducciones, que ni están al alcance del comun de las inteligencias, ni para todas ofrecen el mismo grado de certeza. Por donde no solo son mas fáciles los adelantos en las ciencias exactas y naturales, sino que la inteligencia humana jamás retrocede en ellas, abandonando las verdades que llegó á conquistar; al paso que en las ciencias morales y sociales los adelantos son difíciles, lentos y tan inseguros, que mas de una vez hemos visto á la humanidad retroceder y estraviarse en las mas lamentables y absurdas aberraciones. Y no solo son mas fáciles los errores en las ciencias morales y sociales, sino mayores los daños que llevan en pos de sí; porque como quiera que los séres que componen el mundo físico, destituidos de libre albedrío, se hallan necesa-

riamente sometidos á las leyes que plugo imponerles al Supremo Hacedor, la ignorancia ó los errores del hombre acerca de tales leyes le privarán de las ventajas que de su conocimiento pudiera sacar, pero no serán parte para perturbar en lo mas mínimo la admirable armonía del universo; al paso que la ignorancia ó los errores en las ciencias morales y sociales se reflejan sobre la conducta del hombre y sobre las instituciones de la sociedad. Comparad sino lo adelantado en el presente siglo por el entendimiento humano en las ciencias exactas y naturales y en las morales y sociales, y hallareis la mas completa confirmacion de cuanto acabo de esponer. Secretos importantísimos, arrancados á la naturaleza, han aumentado el dominio del hombre sobre ella, haciéndola concurrir á las maravillas de su industria; mas hé aquí que cuando los adelantos de ésta ofrecian al parecer una perspectiva de mayor dicha y felicidad para el género humano, las aberraciones de la inteligencia en las ciencias morales y sociales ponen en tela de juicio las ideas de lo

bueno y de lo malo, trastornan las nociones de lo justo y de lo injusto, acrecientan la corrupcion de las costumbres, introducen una perturbacion profunda en el seno de la familia y del estado, rompen ó relajan todos los vínculos de autoridad, destruyen todo freno moral de las malas pasiones, combaten y derriban una tras otra toda forma, todo sistema de gobierno, y ¡fenómeno no visto jamás en ningun otro período de la historia! emprenden una atrevida cruzada contra la propiedad y la familia, bases cardinales de toda sociedad, elementos primitivos de toda civilizacion, poniendo á la Europa entera en angustiosa espectativa de una lucha tremenda, en la que ignora si quedará triunfante su civilizacion, ó si sonando la hora suprema de ésta, reproducirá ante las generaciones venideras el triste egemplo de desolacion y barbarie, que ofrecen al viagero las incultas regiones del Asia, asiento en otras edades de los mas florecientes imperios.

Mas si penetrados de la dificultad é importancia de los estudios morales y sociales,

deseamos su sólido adelanto, es necesario huir de la anarquía introducida en ellos por el vano espíritu de ostentar originalidad, y reconocer que solo en la estrecha alianza de tales ciencias, bajo la poderosa unidad de una doctrina fecunda, universal, que sirva á la vez de guia segura al filósofo en sus especulaciones, á los gobiernos en sus leyes, y al pueblo en el juicio práctico y buen sentido, es donde se encuentra el porvenir de adelanto para estas ciencias, de estabilidad y mejoras para los gobiernos, y de verdadero y pacífico progreso para los pueblos. El enlace que media entre todas las ciencias morales y sociales es tan íntimo, su dependencia de los altos principios que nos enseñan la naturaleza y atributos de Dios y del alma humana tan grande, que no es posible concebir armonía, sino antes bien lucha y lucha á muerte, cuando parten de opuestos ó aun diversos principios. Comparad si no al hombre que confiesa la existencia de un Dios, cuya esencia es el conjunto de todas las perfecciones infinitas, criador del universo y del hombre, á quienes con provi-

dencia suma rige y gobierna, con el que ciegos los ojos del entendimiento no acierta á ver mas que los objetos corpóreos que le rodean, prefiriendo negar la existencia de un sér cuya perfeccion suma no alcanza á encerrar en su estrecho entendimiento ó abandonarse á los absurdos de un panteismo inconcebible; comparad al que siente en sí un principio de actividad é inteligencia que elevándole sobre la materia le acerca á la divinidad, con el que no encuentra en sí mismo sino un grado mas perfecto de organizacion animal que le separa de los brutos; al que conociendo la escelencia de su espíritu está firmemente persuadido de que ha de sobrevivir á su cuerpo perecedero y deleznable, para recibir el galardon de sus virtudes ó el castigo de sus vicios, con el que no espera mas bien ni teme mas mal que el que pueda gozar ó sufrir durante su vida; y decidme si es posible que ambos tengan las mismas ideas morales, que ambos conciban de un mismo modo la virtud y el vicio, que ambos profesen iguales doctrinas respecto al gobierno, á la ley, á la

autoridad, á la sociedad misma. Necesario es, pues, que descansen sobre unas mismas bases la teología natural que enseña la naturaleza y atributos de Dios; la psicología que estudia la naturaleza y facultades del alma humana; la moral que establece el criterio del bien y del mal; la jurisprudencia que sienta los principios cardinales y deduce las consecuencias de lo justo y de lo injusto, del crímen y la pena; la política que examina los fundamentos del órden social, las bases en que estriba, el principio de que emana, y las formas de que se reviste todo gobierno; la administracion, por fin, y la economía política que son las ciencias prácticas de gobernar los estados. Este enlace es tan cierto, esta unidad de principios tan evidente, que así como á una teología y psicología espiritualistas corresponde una moral pura y de abnegacion, una legislacion justa, una política que descansa sobre la autoridad moral, una administracion desinteresada, noble, elevada en sus proyectos, ajustada á la ley en sus actos, protectora de todos los derechos é intereses legítimos, y

una economía que aspira á hermanar el incremento de la riqueza con el de la moral y bienestar general; así por el contrario á una teología ó psicología materialistas ó ateas sigue una moral epicúrea y corrompida, una legislacion atenta solo á los intereses materiales, una política que descansa sobre la fuerza y el fraude, una administracion egoista, corrompida, arbitraria, y una economía que mutilando al hombre su parte intelectual y afectiva, no ve en él sino un mero instrumento de trabajo. Consultad la historia del pueblo romano, de ese pueblo que en los varios períodos de su vida ofrece egemplos memorables dignos de continua meditacion y estudio: continuador de la civilizacion etrusca recibió de ella un profundo sentimiento religioso, que aunque inficionado con los errores del paganismo, bastó en cuanto reconocia la espiritualidad é inmortalidad del alma, la providencia y el principio del deber fundado en la abnegacion, para engendrar aquellos actos heróicos de virtud pública y privada, que todavía encienden en nuestras almas el mas

vivo entusiasmo. Mas apenas los filósofos y sofistas de la Grecia comenzaron á sembrar en Roma la infecta semilla de sus varios y estravagantes sistemas, vemos convertirse la antigua austeridad de costumbres en aquel cínico desenfreno, cuya pintura, aun ataviada con las galas de la mas brillante y correcta poesía que han conocido los siglos, nos causa repugnancia y hastío: á la autoridad moral de los magistrados de la república sucede la tiranía de los emperadores; á la dignidad del antiguo pueblo romano la abyeccion y servidumbre de las turbas; á los comicios del foro los bárbaros é inhumanos espectáculos del circo; á la severa é íntegra administracion de sus censores y ediles la rapacidad de sus procónsules; al patriarcal cultivo de aquellos tiempos, en que segun la bella espresion de Plinio *gaudebat terra vomere laureato et triumphali aratore*, la dura é inhumana esplotacion de los esclavos, y la depredacion de las provincias para abastecer á la hambrienta muchedumbre de la metrópoli.

Si tan íntima es la union entre estos di-

versos ramos del saber humano, y tan patente la necesidad de que todos ellos descansen en unos mismos principios, á fin de que ofrezcan un conjunto armonioso para el hombre y la sociedad, en vez de un confuso caos en que aquel se pierda y ésta se disuelva ¿cuál será ese principio fecundo que llevando la luz á todas las ciencias morales y sociales, las haga concurrir al fin admirable de un perfeccionamiento moral, intelectual y material del hombre, y de consiguiente de un progreso verdadero y pacífico de la sociedad? Ese principio, digámoslo en alta voz, no puede ser otro que el dogma católico. Que ha de ser un principio religioso es cosa fuera de duda para toda inteligencia elevada, porque solo un principio religioso puede resolver los grandes problemas relativos á Dios y su providencia, al alma humana y su libre albedrío, al bien y al mal moral, al destino del hombre sobre la tierra; problemas sin cuya solucion no cabe moral, ni política, ni legislacion, ni administracion, ni aun economía política. Por eso Mad. de Stael aplaudia ya

que en Alemania se hubiese hallado el medio de referir todo el sistema filosófico y literario á la religion. Es una cosa imponente, decia, este conjunto de pensamientos que despliega ante nuestros ojos un órden moral entero, dando á este sublime edificio el deber y la abnegacion por base, y la divinidad por cúpula y remate. Un pensador aleman, añadia aquella célebre escritora, ha declarado que no hay mas filosofía que la religion cristiana, y no se ha espresado así en verdad por negar la filosofía ó rechazar su estudio, sino porque está persuadido de que las ideas mas elevadas y las mas profundas nos conducen á descubrir la conformidad singular de esta religion con la naturaleza del hombre. ¿Qué mas? los audaces gefes de las modernas escuelas socialistas San Simon, Fourier, Owen que aspiraban á destruir el órden social existente y á restablecerlo sobre bases completamente diversas, comprendieron que esta trasformacion era imposible sin cimentarla sobre un nuevo sistema religioso; sistema que trataron de plantear sus discípulos, y hubieron de aban-

donar ante la befa y escarnio de la Francia, que como todo pueblo que profesa el cristianismo, podrá caer en la incredulidad y aun en el ateismo, pero jamás trocar la sublimidad que resplandece en aquella religion bajada del cielo, por la ridiculéz de ficciones forjadas por el hombre.

Puesto que solo un principio religioso puede servir de base y fundamento y de centro de union y concordia á todo sistema moral y social, ese principio no puede ser otro que el católico, porque todas las sectas cristianas disidentes de la Iglesia católica en el mero hecho de proclamar su independencia religiosa, el libre exámen y el criterio individual, destruyen el principio de autoridad, sin el cual no se concibe estabilidad alguna en el dogma, ni centro de union en los que lo profesan. La libertad é independencia individual en la fe no solo es incompatible con la esencia de un verdadero sistema religioso, que en tanto merece este nombre, en cuanto sus dogmas son hijos del cielo é independientes de toda concepcion pura de la razon humana, sino que

tiende cabalmente á destruir esa unidad de principios tan indispensable para la armonía y progresos de las ciencias morales y sociales.

Pero lo que mas viene á demostrar que solo el dogma católico puede servir de base y centro de union para esas ciencias es, que solo él ofrece una solucion completa y aceptable á los grandes problemas del órden moral y social. Apartaos del dogma católico y decidnos despues, cuál es el destino del hombre sobre la tierra; conciliadnos su libre albedrío con la presciencia y providencia divina; mostradnos el orígen de esa lucha interior entre el bien y el mal, entre las pasiones y la razon, entre la carne y el espíritu que devora su existencia; enseñadnos por qué causa, como con bellísima frase dijo ya un poeta gentil (*), *video meliora proboque deteriora sequor;* registrad los innumerables volúmenes de los filósofos y decidnos, quién de ellos separándose del dogma católico ha acertado á encontrar el principio, el criterio infalible de moralidad de

(*) P. Ovidii Metamorphoseon, lib. VII.

las acciones humanas. Si de las regiones abstractas de la filosofía descendemos á las ciencias sociales de aplicacion práctica ¡cuáles no han sido sus progresos bajo la influencia de la unidad del dogma católico! ¡cuál no es el estado de desconcierto y anarquía en que se encuentran, desde que apartándose de aquella benéfica influencia, cada cual ha tomado diversos y aun opuestos senderos! Hubo un tiempo en que la mitad del género humano gemia en durísima servidumbre sin patria, sin hogar, sin familia, sin derechos, ¿quién libró al esclavo de esa dura condicion y le restituyó la dignidad de hombre, no concitándole contra su dueño, no recurriendo á la violencia que hubiera hecho derramar torrentes de sangre y retroceder la civilizacion, sino por el pacífico influjo de una doctrina fecunda? El dogma católico. Hubo un tiempo en que el mas puro, el mas tierno, el mas noble de los sentimientos del corazon se habia convertido en un grosero sensualismo, que no habian acertado siquiera á disfrazar con el velo del pudor los mas grandes poetas de

la antigüedad. ¿Quién purificó y ennobleció ese sentimiento, revelando los encantos del pudor y el precio inestimable de la castidad? El dogma católico. ¿Quién santificó con lazo indisoluble el matrimonio y estableció la mútua igualdad de fidelidad y deberes entre los esposos, predicando al uno la dulzura y mansedumbre y á la otra la obediencia y sumision? El dogma católico. ¿Quién templó la inhumana dureza del poder paternal, imponiendo tambien deberes á quien hasta entonces solo habia gozado derechos? El dogma católico. ¿Quién, por fin, sino el dogma católico proclamando á todos los hombres hijos de Dios, que por ellos habia derramado su sangre, y llamándolos sin distincion de castas ni naciones á la herencia de su gloria, rompió las barreras que separaban á los pueblos de la antigüedad, enseñándoles á llamar hermanos á quienes antes solo llamaban enemigos? Ved aquí como el dogma católico, asentando la libertad del hombre sobre la base de su dignidad moral, varió los fundamentos del derecho público y de gentes, mejoró el civil y penal,

é infiltrándose por todas partes en la sociedad, operó en ella la mas grande y maravillosa trasformacion. Y como el principal carácter de una doctrina divina debe ser encerrar en su seno el gérmen de toda verdad, y estender su benéfico influjo al conjunto de instituciones sociales, no se eximieron de él la administracion y la economía política, que solo pueden caminar con seguridad marchando de acuerdo con el dogma católico.

La ciencia de la administracion, que dá reglas para el cuidado, conservacion y fomento de los intereses sociales, aunque moderna en su teoría, es en sus aplicaciones prácticas tan antigua como la sociedad, porque no se concibe sociedad alguna sin intereses colectivos, ni intereses colectivos sin reglas para su conservacion y fomento; y sigue en su desarrollo el curso de la civilizacion ó sea de la mejora progresiva de los intereses morales, intelectuales y materiales de la sociedad. Trastornada ésta completamente en sus fundamentos al caer el imperio romano destrozado por las invasiones de

los bárbaros, comenzaron á reconstruirse lentamente los pueblos modernos; pero en medio de aquel caos en que la autoridad pública era impotente é inhábil para todo lo que no fuese combatir, vemos á la Iglesia católica encargarse de llenar los mas importantes deberes de la administracion, al frente de los cuales ha caminado casi hasta nuestros dias, legándonos un tesoro de bienes inapreciables. Ocupan los intereses morales el primer lugar en toda sociedad, porque no habria otra mas perfecta que aquella cuyos miembros fuesen dechados de moralidad; pues hé aquí que cuando la potestad civil no tenia otro medio de moralizar que el temor de la pena, único que por desgracia emplea todavía en la mayor parte de las naciones, la Iglesia católica estableció hasta en la aldea mas miserable cátedras pastorales, donde desde sú mas tierna infancia hasta su decrepitud recibiese el hombre no interrumpidas lecciones de la pura moral evangélica. Y como en moral la doctrina sin la práctica es semilla estéril, apenas se encontrará una virtud á cuyo egercicio no haya consagrado

la Iglesia católica alguna institucion, un vicio á cuyo arrepentimiento y enmienda no haya abierto casas de refugio. La caridad sobre todo, esa virtud esencialmente cristiana, compendio y suma de todas las virtudes, segun la describia S. Pablo (*), ha revestido todas sus formas bajo el manto de la Iglesia católica, que donde quiera que hallaba un dolor acudia solícita con el oportuno remedio. Las casas de asilo para los infantes abandonados, los hospicios para la niñéz huérfana y desvalida ó para la inválida ancianidad, los hospitales para la humanidad doliente, y sobre todo la limosna domiciliaria que derrama modesta el consuelo en el seno de atribuladas familias no es á la administracion civil á quien ha cabido la gloria de crearlas; ella las ha recibido fundadas, dotadas, reglamentadas de manos de la caridad católica. A los intereses morales siguen en importancia los intelectuales, y tambien á éstos tomó la Iglesia católica bajo su proteccion y amparo, fomentando y costeando casi esclusivamente todos los ramos

(*) Epístola 1.ª de S. Pablo á los Corintios, cap. 13.

del saber humano á la sazon cultivados. Ni aun echó en olvido los intereses materiales, aunque agenos al parecer de su instituto; antes bien al catolicismo debieron las bellas artes la inspiracion y fomento que produjeron las obras maestras que nos llenan de admiracion y asombro, y su orígen los monumentos públicos mas grandiosos de los pasados siglos. En la severidad de la moral católica hallará siempre una administracion verdaderamente ilustrada y previsora la mas segura y provechosa norma de su conducta; porque uno de los mas graves y lamentables errores en que puede caer es, recurrir á medios inmorales ó corruptores para obtener los fines que se proponga, aunque sean justos y honestos. Los que al ver por tales medios coronados con el buen éxito sus intentos se creen hombres eminentes de Estado, no son sino imbéciles que no alcanzan á descubrir, que quien siembra inmoralidad y corrupcion ha de recoger crímenes y trastornos. Por eso una moralidad severa, un respeto ciego á la ley, una moderacion y prudencia consumadas son las dotes que deben res-

plandecer en la administracion, si aspira á labrar la verdadera felicidad del Estado y á grangearse el aprecio y la estimacion públicas. Ved, pues, como en la Iglesia católica halla la administracion su mas útil cooperadora y en su moral la guia mas segura de su conducta.

No es menos admirable la estrechísima union que se advierte entre el dogma católico y los inconcusos principios de la economía política. Descúbrenos ésta como primera fuente de toda riqueza el trabajo del hombre; y aquel nos habia ya enseñado, desde las primeras páginas de los libros santos, el inexorable precepto impuesto por Dios al primer hombre despues de su prevaricacion: *In sudore vultus tui vesceris pane* (*). Demuéstranos la economía el necesario concurso de los capitales, que solo se acumulan cercenando el hombre sus gastos improductivos; y la moral católica ha predicado siempre como una de sus primeras virtudes la moderacion en los gastos y la templanza en los goces. Vitupera la economía así la pro-

(*) Génisis, cap. 3, v. 19.

digalidad que aniquila los capitales, como la avaricia que los esconde, privando de ambos modos al pobre de su patrimonio, que es el salario y sustento que pudieran ofrecerle; y la moral católica condena con severa voz las disipaciones del pródigo y la dura estupidéz del avaro. Descubre la economía que la poblacion sigue en su incremento un desarrollo mas rápido que los medios de subsistencia, á lo que es consiguiente una lucha perenne é inevitable entre la poblacion que tiende á acrecentarse y la miseria que la retiene en los límites de las subsistencias; y ved el dogma católico que santificando la castidad y consagrando el celibato contribuye á moderar sin inhumanidad ni violencia el desmedido incremento de poblacion y de miseria consiguiente. Pero donde mas resplandece la conformidad de la verdadera economía con la augusta verdad del dogma católico, es en el exámen del terrible misterio del pauperismo. Ni el trascurso de los siglos, ni las trasformaciones de la civilizacion, ni la variedad de organizaciones sociales, ni los esfuerzos de la

filosofía, ni las discusiones de los economistas, ni los proyectos de los utopistas, ni las osadas teorías de los modernos socialistas han adelantado un solo paso en la temeraria empresa de eximir á la humanidad de los padecimientos de la miseria. Todos sus esfuerzos se han estrellado ante la terrible sentencia que condenó al hombre al dolor, á las enfermedades, y á la muerte en el órden físico, al sufrimiento y la miseria en el moral; y ante las proféticas palabras de Jesucristo *semper pauperes habetis vobiscum* (*). Podrá la economía política descubrir nuevas fuentes de riqueza pública, podrá combatir los obstáculos que á su acrecentamiento oponen inveterados errores, podrá investigar los medios de hacer mas llevaderas las cargas públicas, podrá por todos estos medios aumentar algo el bienestar general; pero aspirar á resolver el problema de la abolicion del pauperismo, es tan vana y ridícula empresa, como seria para la medicina aspirar á hacer al hombre inmortal, ó á eximirle durante su vida de toda dolen-

(*) Evangelio segun S. Mateo, cap. 26, v. 11.

cia. Por eso Jesucristo que conocia la imposibilidad de estinguir la pobreza la santificó. Doctrina sublime que derramando la esperanza en el corazon del pobre é infundiendo la caridad en el del rico, les enseña á amarse y socorrerse mútuamente, ofreciendo eterna recompensa al uno por los dolores que sufre, al otro por los que alivia. ¡Cuán grande es la insensatéz de los que borrando á la vez del corazon del pobre y del rico la esperanza de una vida futura, han trocado la resignacion del uno en horrible desesperacion, la caridad del otro en insensible egoismo y dureza! Ved aquí la causa de ese siniestro presentimiento de grandes calamidades que trae inquietos y azorados los ánimos: ved aquí el orígen de esa gran lucha á que se apercibe el mundo civilizado, lucha que igualará si no escede en grandeza á la invasion de los bárbaros que acabó con la civilizacion romana, á los horrores de la revolucion francesa que acabaron con la monarquía. Pero se engañan tristemente los que esperen el triunfo de la sola fuerza. Las ideas son las que principal-

mente han de combatir y triunfar: ahora mas que nunca es necesario que todas las ciencias morales y sociales, apoyadas en la indestructible unidad del dogma católico, aunen sus esfuerzos para rechazar por doquier la nueva invasion de barbarie que amenaza á la Europa civilizada. Contribuyamos todos, cada cual segun sus fuerzas, á tan santa empresa. No es pequeña la parte que en ella nos cabe á los encargados de la pública enseñanza: redoblemos, pues, nuestros esfuerzos para fortificar el juicio de la juventud, que ansiosa de saber acude á escuchar nuestra voz, para preservarla de los errores á que pudiera arrastrarla una imaginacion entusiasta, propensa siempre á dejarse arrebatar por todo lo que tiene el atractivo de la novedad y de lo maravilloso: haciéndolo así llenaremos cumplidamente nuestros deberes y mereceremos bien de Dios y de la Patria.—He dicho.

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA BIBLIOTECA HISTÒRICA